

## Relato grupal especial programa 50

Para un programa tan especial como este, el equipo completo de Leyendo hasta el amanecer ha decidido hacer un relato grupal a la manera de los conocidos relatos encadenados. Cada miembro del equipo continuó con el relato que el anterior le había dejado... y que ahora os dejamos aquí. Notaréis el cambio en la tipografía que indica el cambio de autor. El orden de autores es: Jonathan Gómez Narros, Carmen Flores Mateo, Cristina del Toro Tomás, Covadonga González-Pola y Daniel G. Domínguez.

¡Que lo disfrutéis!

Observaba cómo ascendía el humo. Tanto el que salía de su grotesca boca como el de los restos que estaba incinerando. Al fin se sentía tranquilo. En paz. Después de tanto años... Paladeó ese último cigarrillo mentolado; ése que tanto le gustaba y él tanto aborrecía. Un suspiro de tranquilidad. Una energía distinta a las que hasta ahora había experimentado electrificaba su cuerpo, depurando cada uno de sus malditos poros. Sensación mezcla de satisfacción y repulsión... «Eres vomitivo, tío», se repetía mentalmente.

Se deleitaba con su obra desde aquella elevación. La luna bañaba de plata todo el conjunto: una pira en aquel claro del bosque, +bastante alejado de aquellos humanos ignorantes; un pequeño altar, muy rudimentario, pero eficaz para las súplicas y oblaciones previas al ritual; los instrumentos de tortura y de sacrificio, sin orden ni concierto, desperdigados...

Se levantó y, sin pensárselo dos veces, dirigió sus enormes zancadas a la civilización. Iría de caza, sí señor. Le apetecía seguir creando el pánico entre sus súbditos.

Aquella figura deforme contrastaba con lo humilde de aquel barrio: sus callejuelas estrechas, los balcones atestados de plantas y de ropas tendidas en los tendederos, el olor a pan y pizza recién hechos... El caminaba muy erguido, oculto tras sus gafas de sol vislumbraba a sus futuras víctimas... Causaba terror su aspecto: un ser alto, semejante a los ogros de los cuentos infantiles, esa cicatriz que surcaba horizontalmente su cara a la altura de los ojos, su figura esbelta y desgarbada, que transmitía, de por sí, maldad...

Un grupo de jovencitas charlaban tranquilamente en la acera, contándose secretos y

chismorreos... Le llamó la atención una de ellas, aquella que, sentada en la acera sujetaba lo que parecía una muñequita de tela. Una neblina gris volvía a cubrir sus ojos...

La niña era la más joven del grupo. Aparentaba unos diez u once años. Pequeña, frágil, con un sucio y descolorido vestido de verano con flores azules en lo que alguna vez habría sido un fondo blanco. El pelo, largo, rubio, sucio y enredado, le cubría la cara mientras ella seguía absorta en la contemplación de su muñeca.

El monstruo avanzaba con parsimonia en dirección a ellas, tranquilo, desnudando el alma de las chicas con sus ojos verdes y penetrantes, ocultos tras las gafas, anticipando el placer de la caza, el olor del pánico, el sonido de los huesos crujendo entre sus dedos.

Una de las chicas, que al parecer llevaba las riendas de la conversación, fue la primera en verle venir. La palabra que anidaba en ese momento en su boca y la sonrisa que la acompañaba se quedaron congeladas, en el aire, mudas. Su mirada risueña se convirtió en dos grandes lunas llenas de horror y urgencia, y el resto de sus amigas reaccionó rápido al reflejo de la deforme figura en sus pupilas. Algunas ni siquiera se dieron la vuelta para mirar a los ojos al peligro que venía, simplemente echaron a correr, agazapadas, como pequeñas liebres al sonido de los pasos del cazador en el bosque. En aquel pueblo aprendías pronto que, por muy cálida que fuese la tarde, por muy normal que pareciese el anciano que paseaba a tu lado, o por muy acompañado que estuvieses, el mundo era un lugar sombrío, violento y peligroso, y los monstruos podían aparecer detrás de cualquier esquina o atravesando cualquier puerta.

Él ni siquiera ralentizó su paso, firme y tranquilo, cuando la desbandada de chicas empezó a huir en todas direcciones. Estaba acostumbrado. Su aspecto siempre había causado esa reacción. ¡Y qué razón tenían en huir! La risa, en raras ocasiones exteriorizada, invadía su pecho. Pobres seres inferiores. Pobres seres frágiles, asustadizos... carnaza fácil que, aunque no solía ofrecerle demasiadas complicaciones, seguía disfrutando. Pasó la lengua por sus labios secos, anticipando el sabor de la sangre.

Una única figura permanecía en la acera, la huída de sus compañeras no parecía haberle afectado. La niña de la muñeca de trapo permanecía sentada en el bordillo, acariciando impertérrita su juguete.

Un pequeño giro lo colocó justo delante de ella. Alto, oscuro, encorvado... contrastando con la esbeltez blanca y rubia de la niña y su aire de pureza infantil. «¿Qué coño le pasa a la niña ésta?», pensó extrañado y hasta un poco ofendido. «¿Será retrasada o algo?».

La pequeña colocó con tranquilidad la muñeca sobre su falda y al fin levantó la mirada. Uno ojos limpios y rasgados, del mismo verde que adornaba los suyos, lo

miraron con una mezcla de candor y alegría contenida.

—Hay que ver cuánto has tardado, ¡llevo semanas esperándote! —dijo con voz dulce, reproduciendo el tono que todas las madres ponen cuando riñen falsamente a sus pequeños cachorros.

El ser la miró sorprendido. Por primera vez en muchos años algo le sacaba de la rutina, algo inesperado le cogía con la guardia baja. Por supuesto, nadie había usado nunca, nunca, aquel tono con él.

—¿Esperándome tú, enana? Pero, ¿tú sabes acaso quién soy yo?

—Pues claro, tonto... —rió divertida la niña—. Eres el que va a morir esta noche.

Aquellas palabras le causaron una profunda conmoción. ¿Cómo se atrevía aquella niña, aquella criatura frágil e insignificante a amenazarle? ¡A él, que había sido temido por los hombres desde el principio de los tiempos! Semejante atrevimiento debía ser castigado de inmediato. Por su cabeza comenzaron a desfilar una serie de imágenes, cada cual más cruel y sangrienta que la anterior, intentando decidir qué tormento era el más adecuado en aquellas circunstancias. Esa mocosa lamentaría sus palabras, su absurda amenaza, lamentaría no haber corrido lejos, como habían hecho las otras muchachas.

La ira comenzó a acumularse en su interior, sintió una corriente de oscura energía que recorría por completo todo su ser. Ya sabía cuál era el castigo que iba a aplicar a aquella díscola chiquilla. La sometería a la peor de las torturas, acabaría con su vida y después...después se encargaría de su alma. Pero para eso necesitaba acumular más odio del que solía utilizar.

Se concentró al máximo, cerrando los ojos y permitiendo que sus extraordinarios sentidos captaran la energía que impregnaba aquel lugar, absorbiendo el miedo, la inseguridad, los celos, en definitiva todos los sentimientos negativos de los habitantes del pueblo. Sí...un lugar como aquél, con esa sangrienta historia a sus espaldas, era una maravillosa fuente de nutrientes. Intentó provocar también miedo en la pequeña, y así utilizarlo contra ella. Aquello le hizo gracia, sería casi como obligarla a cavar su propia tumba. Dirigió toda su atención a la niña, dispuesto a captar el pánico en su diminuto corazón...cuando topó con una barrera infranqueable.

Abrió los ojos de inmediato. La muchacha se había puesto en pie, y le observaba con sincera curiosidad, como si tuviera ante ella a un dulce conejito y no al peligroso ser que se había adueñado tiempo atrás de aquellas tierras.

—Así es como lo haces—comentó con dulzura—. Siempre me pregunté cuál era tu secreto. No negaré que me has decepcionado, esperaba mucho más de ti. Supongo que

las leyendas siempre son mucho más interesantes que la realidad. Aunque esto simplifica mucho las cosas.

La pequeña cerró los ojos, y con una dulce sonrisa dibujada en sus labios, comenzó a cantar una extraña canción. Podría pasar por una simple nana para dormir a los bebés en las noche de tormenta de no ser por aquella siniestra melodía que la acompañaba. Aunque la pequeña apenas parecía susurrar, la oscura canción pronto pudo oírse en todo el pueblo.

Él giró la cabeza hacia todos lados, intentando entender qué pasaba. Quería huir de aquel lugar, por primera vez en su malvada vida era él quien se veía invadido por un absoluto terror.

Un fuerte viento acudió a la llamada de la niña, haciendo que su rubia cabellera se agitara con furia alrededor de su cabeza, y moviendo violentamente el vestido de la niña. El suelo comenzó a resquebrajarse bajo sus pies haciendo que cientos de piedras volaran en todas direcciones. Sin inmutarse por ello, sin dejar de cantar, la niña abrió repentinamente los ojos. Estaban completamente en blanco.

El ser retrocedió varios pasos. Ahora lo comprendía todo.

No era una niña.

Era *Ella*.

Y, como si fuera una proyección cinematográfica, su mente y sus entrañas regresaron a algún lugar olvidado de su memoria.

*En aquel lugar, una pradera verde y soleada, ella lo miraba con aquella candorosa expresión, mientras él, un niño inocente y alegre, tenía la cara manchada de barro y polvo. Junto a la lápida había apartado un poco de la hierba y la tierra, para dejar una pequeña muñeca de juguete hecha de tela y un ramo de flores recogidas unas horas antes con amor e ilusión. Estaba tan asustado que no se atrevía a mirar la lápida que se erguía a un par de palmos del agujero que había abierto.*

*—¿Por qué has vuelto? ¿Cómo te has atrevido a profanar mi tumba para dejarme esos trastos inútiles? —dijo la niña, acercándose hacia él mientras dejaba entrever su textura espectral. Su calma resultaba siniestra, diabólica—. ¿Es que no te quedó claro durante todos estos años que no deseaba tu afecto ni tu compasión? Muy bien, pues ahora estarás maldito. Te convertirás en un ser horrible y despreciable, inundado de ansias de destrucción, mientras yo vuelvo a la vida gracias a toda tu inocencia.*

»*Idiota. Vagarás por el mundo sin saber adónde vas, desorientado y revestido de amargura y odio. Hasta el día en que volvamos a encontraros. Pero reza porque ese día tarde mucho en llegar. Porque ese día morirás. Y los dos desapareceremos.*

El monstruo cayó de hinojos con un gran estruendo. La tierra tembló. A *Ella* pareció no importarle. Pero él respiraba con demasiada intensidad. Su cuerpo se movía convulsivamente. No por la ira, como solía sucederle, ni por la emocionante avidez que experimentaba cuando iba a sembrar el caos y la destrucción.

Estaba aterrizado. Porque aquel monstruo no tenía ilusiones y, por tanto, tampoco temores. O eso era lo que él creía. Con los años había olvidado aquel terrible miedo, lo único que lograba hacerle temblar. Y también llorar. *Ella*, su diabólica y pequeña hermanita, era su único temor real.

Pero todo aquello en realidad, no estaba pasando, ni siquiera era su hermana... La canción que salía de los labios de la pequeña no llegaba más allá de tres o cuatro metros, ningún viento huracanado se había levantado y, ni mucho menos el suelo se había resquebrajado. Todo estaba siendo producto de su mente, una mente enferma, podrida y diabólica. Inventaba los recuerdos de su hermana fallecida hablándole a una velocidad increíble. *Ella*, su hermana melliza, el primer asesinato ritual que cometió cuando tenía la misma edad que aquella niña. En su cabeza las visiones fantasmales sucedían vertiginosamente tan solo por una razón: la culpa.

El terror invadió cada rincón de su cuerpo cuando escuchó la frase, una simple frase, desencadenante de las alucinaciones: *Eres el que va a morir esta noche*. Pero aquellas palabras no las había inventado. La niña aún sonriente sacó del interior de la muñeca de trapo un enorme cuchillo de cocina, muy afilado a juzgar por el brillo del borde que desprendía de las farolas. Lo empuñó con rabia, y recordando las barbaridades que aquel monstruo le había hecho a su madre, única superviviente de «El asesino del ritual», las mutilaciones sexuales, la violación de la que había nacido ella, los cortes por todo el cuerpo, que esta misma le había confesado una noche antes de colgarse y marcharse de este mundo, dio un par de pasos para tener al monstruo cerca, muy cerca.

Tan solo tenía 11 años, sí, pero la muerte de su madre la había endurecido. No duraba más de dos meses en un hogar de acogida, siempre huía de los nuevos padres adoptivos de turno en búsqueda del asesino que tenía atemorizado a todo el pueblo y que llevaba actuando en la zona durante más de 20 años. Hasta ahora no lo había encontrado, hasta ahora, y en ese justo

instante por fin iba hacerle pagar los lloros de su madre de cada noche que recordaba, las miradas huidizas cada vez que ella reclamaba su amor y por supuesto su muerte, cansada de todo incapaz de soportar más aquella vida.

Apoyó la hoja del cuchillo sobre la garganta del asesino y presionó, cuando se hundió en su cuello, deslizó lentamente el arma de derecha a izquierda. La sangre brotó de la herida abierta manchándole el rostro y el vestido de color indefinido. Se sentía completa, feliz de haber cumplido su objetivo.

Despacio, sin prisa alguna y sin ningún rumbo en concreto, dirigió sus pasos lejos de aquel oscuro callejón.